

# PERFIL

(REVISTA DE LETRAS)

CeDInCI

2

Director

Vicente C. Tripoli

Secretaría de redacción

Rincón 144

U. T. 47-6019

Perfil

solicita canje

junio de 1944

Buenos Aires

LA IMAGEN EN LA LLUVIA

**T**E HE VISTO *en un jardín, y reclinabas  
la frente en una idea misteriosa,  
y era más bella que la oculta rosa,  
más que la fuente umbría que escuchabas,  
tu gracia silenciosa.*

*Ahora sueño, y en la lluvia ausente,  
que tu suave hermosura entre azabares  
vuelve, y mis viejos parques familiares;  
y suscita en mis labios lentamente  
tu nombre otros lugares.*

*Por qué extendiendo mis brazos, en las redes  
nocturnas de la lluvia, oh desolado  
triste furor del áspero collado,  
cristal del agua que a mi amor concedes  
tan sólo el viento helado!*

J. R. Wilcock

## SONETO

**A**BRO MIS ojos, veo que el verano  
se yergue, dócilmente, junto al muro,  
miro sus ramos rojos y el oscuro  
tallo frutal, cubriéndole la mano.

Advierto junto al álamo lejano  
el renacer de algún ensueño puro,  
contemplo el agua quieta y el seguro  
vuelo de la paloma y el milano.

Pienso en mi amor, sus gestos diferentes,  
la vaga luz de cielos transparentes,  
las colinas, las playas que he querido.

Y me veo ¡oh huésped desgarrado,  
frente al recuerdo siempre enajenado,  
en las murallas verdes del olvido!

Angel Mazzei

## Leyenda y realidad de Paul Verlaine

*La poesía es acción, sufrimiento y rosa.*

T. S. ELLIOT.

Nació en Metz, el 30 de Marzo de 1844.

De su vida queda, para muchos, nada más que una doliente y turbia figura muy "fin de siglo", como gustan llamar con cierto retintín, en el temor de caer en lo cursi, obsesión ya de por sí, altamente definidora. Sin embargo, esta vida se aviene con nuestro tiempo, no so color romántico, en el sentido peyorativo del término, sino por ese valor humano, esa cálida sustancia vital que brota de ella como el resplandor de una hornalla, de esa caldera en alta presión que fué su vida urgida por los sentidos y que se alza, real y perdurable, a través de la niebla simbolista, fresca y tangible, de su leyenda.

Esto lo encaja cabalmente en nuestra época que ha ganado perdiendo el placer de gustar lo meramente retórico, lo vanamente superficial, lo creado en el pueril contentamiento de lo decorativo que es lo mutable por excelencia. Hoy buscamos la armazón de acero que sostiene el edificio y precisamos probar su resistencia. El arte actual no puede ser pasatiempo deshumanizado, creación al margen del hombre, cuando éste se destroza luchando en defensa de lo real, de lo verdadero, de lo humano; como nunca podrá ser, tampoco, simple habilidad u oficio, ni solamente gracia y sortilegio. El arte de crear es algo más hondo y trascendente, como lo es la vida del hombre y, si intenta perdurar, debe estar empapado de esa vida, embebido en su emoción; vale decir: tener las raíces más abajo, más allá, de la reluciente y mutable arena de lo formal. Quien no es capaz de gustar, de sentir, de vivir sinceramente —aunque la vida le destroce—, no podrá darla a una obra. El mayor enemigo de la creación artística es la negación ante la vida que, en definitiva, es la manera más sórdida del egoísmo.

La vida de Verlaine fué cabal parangón de su arte. Fruto alguno pendió de su árbol en mayor armonía. No juzguemos el árbol con ese rencor del que está presto a castigar en los excesos de los demás la propia y dolida contención. Harto pagó, en dolor y vergüenza, por sus pecados y nada hemos abonado nosotros por gustar su fruto.

Verlaine es la sinceridad. Jamás ensaya una excusa. Se equivoca siempre porque nunca está a la espera de lo innoble; yerra hasta cuando se acoge a la esperanza y esto es, en él, voluntaria equivocación, medir a la gente con su propia medida, también, como hacen los niños, tratar de tú a quien sólo les guarda sonriente complacencia. A pesar de todo, es el hombre que instintivamente considera más hermoso dar honra que vergüenza; por ello ni la torpeza, ni la deslealtad, le mueven a obrar en semejante manera. Tiene la más absoluta incapacidad de odio, de ren-

cor, y esto evita que su soledad se trueque en misantropía; a pesar de que esta soledad le duele como una llaga purulenta que, en cuanto pareciera presta a cerrar, la gente —y sobre todo quienes están más cerca de él o parecen estarlo— se encarga de abrir nuevamente.

Esa pequeña "Ariette" de Verlaine, que comienza —y ¿quién no la ha leído alguna vez?:

*"Il pleure dans mon coeur  
Comme il pleut sur la ville",*

es como su patente de humanidad; señala la decisión absoluta de re-basar de las melindres retóricos para abrirse generosamente en espectáculo. Y darse en espectáculo, sin tasa ni medida, es ser artista; pagar en justo y honesto precio el don del canto.

No le arredra ofrecer lo mejor de sí, lo más hondo, lo que se arranca de las entrañas con sabor de lágrimas y de sangre, ese terrible fruto apasionado que pone al poeta en el duro trance de mantener el equilibrio ante el vértigo de lo meramente sentimental. Tener esa capacidad de emoción, y la de transmitirla en la justa y equilibrada medida, es ser creador en arte. Atreverse a saltar y caer en equilibrio, sin además rebuscado, en el alambre tenso de la emoción, he aquí la norma.

"Ariette", ese poema casi perdido en su vasta y desigual obra, nos ofrece, si no bastara su biografía, la certeza de que su autor poseía tal patrón de vida y de creación. Ante ambas no coquetea, se lanza ciegamente, a lo toro ingenuo que es, arremete sin hesitar, aún con la seguridad de que tras la capa roja le espera la espada, y lo sabe porque la pandilla lo ha azuzado, porque ya le han clavado las banderillas; pero ¿es que acaso el toro puede abandonar la ley de su instinto?

Verlaine nunca abandona la suya, menos aún cuando se vuelve a Dios; porque, cuando el hombre cree en Dios, volverse a Él no importa renunciamiento a la vida, antes bien, significa tomarla en una regla más ardua.

Verlaine cayó así, una y otra vez, sobre la arena entre la grita y el desprecio de los pacatos y fué uno de su misma casta el de la estocada certera; que el torero es de casta semejante al toro.

Por este camino llega imprevisamente —lo imprevisible es signo poético— a la vergüenza, al llanto, a la soledad, porque está cargado de amor sin villanía, sin cautela ni regateo, y carece de esa astucia que, según Mirabeau, es el talento de los egoístas. Vale decir: está predestinado a perder.

Se entrega una y cien veces, como los niños que tienden los brazos antes de poder dar un paso. Es, también, el hombre que no se detiene a consultar la hondura del arroyo, la frialdad de su agua, y lo atraviesa sin dudar, con más confianza en su pasión que en la fuerza; pero no ha de cruzar solo, siempre hay en la orilla quien espera la oportunidad: el artero, el cerebral, el que no se moja ni arriesga sino a lomos de otro.

Así cargó físicamente con su mujer, Mathilde Mautet, en un amor

que comenzó en arrebatadora ternura y terminó en brusca incompreensión; así cargó espiritualmente con Arthur Rimbaud, en una amistad quebrada por el egotismo. La una trasbordó —"traslomó" debíamos escribir— en cuanto su marido abandonó la segura orilla y era justo que tal sucediera; el otro, que era poeta, se arrojó en medio de la corriente no sin antes hacerle una zancadilla, pues que en el fondo, como hombre, era un aventurero con alma de traficante y en traficante de armas para Abisinia había de concluir olvidando a la poesía. Verlaine pagó año y medio de cárcel por disparo de armas y lesiones leves; que nuestra civilización había progresado lo suficiente como para considerar absurda la sentencia del Papa Pablo III, ante un delito de Benvenuto Cellini: "Sabed que los hombres únicos en su profesión están por encima de las leyes".

Nada de turbio gustamos ver en el hecho. Rimbaud subyuga espiritualmente al emotivo puro que hay en Verlaine; esto es lo que nos importa. Siente, "el príncipe de los poetas de Francia", que, con "El barco ebrio", ha nacido otro de los grandes y tiene la apasionada generosidad de someterse al adolescente voluntarioso. Alza y señala a Rimbaud con esa capacidad de entusiasmo que, como quiere Hello, condiciona al genio. Posee la real grandeza de quien sabe que no ha menester de hundir, rebajar o humillar, a aquellos que le rodean para sobresalir.

Quizás esta lógica seguridad en sí mismo fuera resultado de una satánica vanidad, pero lo dudamos, no pudo haber vanidad de tal calaña en quien se dió tan generosamente, con esa dación del alma que es superior a la de los bienes materiales y que hace a la esencia de la amistad y del amor.

"Por los frutos conoceréis el árbol", sentencia el Libro:

"Antaño, si recuerdo bien, mi vida era un festín donde se abrían todos los corazones, en donde corrían todos los vinos", escribe el impudico Rimbaud en su "Temporada en el Infierno".

*C'est bien la pire peine  
De ne savoir pourquoi,  
Sans amour et sans haine,  
Mon coeur a tant de peine.*

Termina, en su "Ariette", Verlaine. "Sin amor y sin odio", y es que el amor, en presencia o ausencia, atraviesa su vida como un pilar maestro. Vive en el amor del amor. "Tengo el furor de amar", confiesa en la desesperación del que sabe que nunca ha de agotar esa fuente de amor. Ensayó todas las maneras, ninguna es la valedera. No pudo encontrar nunca, y era lógico que así sucediera, un amor comparable al suyo. Ninguna mujer, nadie, supo dárselo sin pesar razones, posibilidades, seguridad, dinero al fin. Y él, dentro de lo social, era lo irrazonable, lo inseguro, lo imposible, por excelencia.

Mas es probable, ya que siempre sucede así en la vida de los poetas, que alguien sacrificara su amor por él; hubiéramos querido hallar ese nombre, ese callado amor, que le permitió escribir "sans haine". Quizás sólo vivió sostenido por la presencia de su madre, Julie Dehée, que amó tan ciegamente a este hijo único; o la constante amistad de François Coppée, a quien llamaba en su lecho de muerte; o la apacible de Luciano Letinois, muerto joven y a quien amó como a un hijo, pues que no le dejaban ver al suyo, ese Georges Verlaine que murió en 1926 siendo un oscuro empleado del subterráneo de París.

Pueda aún que, en un momento dado, todos los que estaban en su derredor le amaran demasiado, pero nadie le amó lo suficiente.

Esta manera de amar, ya hemos visto, le condujo, sin escape, a la soledad. Si intentara la actitud del cínico, al menor descuido, en un gesto apasionado, ha de caer su careta y todos mirarán gozosamente la cara cubierta de llanto; porque, a menudo, detrás del cínico sólo hay un niño tímido que se resiste a ser hombre, un niño herido que contempla pudoroso el bolsillo de su chaqueta, del cual han vaciado su contenido, ante la mirada severa e incomprensiva de los padres, de los maestros, de los extraños.

¿Es que acaso pretendemos hacer de Verlaine un dechado de perfección moral? Sería necio intentarlo. Paul Verlaine es impúdico y borracho: dos horrendos pecados de lesa burguesía. No se crea por ello, y en puéril abono de su leyenda, que era un ebrio consuetudinario. Largas temporadas —las de la esperanza— se abstuvo de la bebida inmoderada. Una escritora inglesa, tan susceptible a la conducta exterior como puede serlo un inglés, confiesa que, en su largo trato con el poeta, jamás le vió ebrio, ni tan siquiera achispado; siempre fué, con ella, el más cumplido caballero y anota, con más sagacidad de lo que a primera vista parece, que los mozos del bar al que concurría asiduamente tenían para el poeta el mayor respeto y la más cortés deferencia.

Tampoco pretendemos insinuar que sea el arquetipo del poeta, sólo intentamos comprender a quien fué todo lo grande y lo pequeño que puede ser un hombre de genio, en ese aparente desequilibrio, por exceso, que es la médula de lo barroco; a ese hombre-poeta cuyos sentidos están siempre alerta y ávidos de universo y en quien los hombres encuentran el reflejo sensible de las angustias, los deseos, los orgullos y las miserias, de todos y cada uno de ellos: lucha fieramente por sus ideales políticos en la Comuna; aspira a ser oficinista atado a un escritorio de la Municipalidad de París; siente, un día que amanece republicano exaltado, la necesidad de asesinar al Emperador; entra en una iglesia, luego de una borrachera, pidiendo a gritos confesión; quiere ser granjero y hasta criador de caballos; sufre la ignominia de las cárceles; se enfurece y maldice proclamándose "poeta místico"; recorre las calles de París arrastrando su pierna anquilosada, vestido como un mendigo campesino, y quiere ser miembro de la Academia, pero se resiste a hacer las visitas de costumbre; da conferencias en Bélgica, Holanda y se muere casi de

hambre pues gasta, sin saber cómo, todo lo que tiene; ama desesperadamente todas las criaturas de Dios; escribe siempre, es el artista verdadero para quien la propia obra es su válvula de escape.

Supo estar solo en una de esas mesas con tapa de mármol que acostumbra los cafés de París —"Le soleil d'or" o el "François Ier."— bebiendo su ajeno mientras se apilaban, para hacerle compañía, los platillos que marcaban su consumición y consumación, más maldito que nadie pues que él fué el propio artífice de su maldición y más definitivamente solo porque tenía la conciencia de que ésta le llegaba a causa de su corazón sin remedio, de ese corazón que era su barco ebrio, barco desmantelado que haciendo agua conserva el rumbo.

En un día de lluvia, con esa obscuridad que vuelve más grises las fachadas de París, él, tan maravillosamente inútil, tan sin motivo económico en el mundo organizado de los hombres, debió recordar aquel verso de Rimbaud que lleva en epígrafe su "Ariette": "Llueve dulcemente sobre la ciudad".

Los coches rodaron igual sobre las calles mojadas; de los "bistros" escapaba el mismo olor de todos los días, quizás más penetrante por la humedad; o puede que hubiera una campana tañendo y que una banda lejana tocara cualquier melodía, como quiere nuestro pintor Lino Spilimbergo para apearse de un tren en la plaza de un pueblo cuyo nombre ignora.

Paul Verlaine debió sentir así, su "Ariette", para que alguien por amor la diga, entre la bullanga de un bar, ante oídos que se imaginan solos. Amar, en el amor de los demás, será, ya por siempre, la presencia y la revancha de un hombre con apariencia de sileno que rodó de hospital en hospital, hasta morir en su cuartujo de la calle Descartes el 8 de Enero de 1896, llevando ya cargado de gloria ese nombre de Paul Verlaine, eufónico y profético sonido de címbalo golpeado.

Abelardo Arias

## SONETO

**D**E AMAR esta prisión me duele tanto,  
oh la del aire dura prisión mía.  
(Quiero la soledad más sola y fría  
y oscura para el río de mi llanto).

*Esta prisión donde se mueren canto  
y beso no nacidos todavía  
y donde inútilmente, noche y día  
embisto muros de crecido espanto.*

*Del polvo el apagado oficio pido.  
Ser un ímpetu vano destruído  
que en un eco doliente al fin se pierde.*

*Emerja de mi olvido sólo un verde  
enamorado pensamiento eterno  
y ocupe otros verdores el invierno.*

Ernesto Carlos Polito

## Una Tarde

**P**OCAS VECES TUVO la tarde la dulzura, la tierna claridad, el dorado sentimiento de la tarde de aquel día. Un cielo ingenuo, como hecho con un solo suspiro, estaba quieto en su azul casi sonoro, sobre la vegetación del paisaje campesino.

Y había en las cosas de la tarde una melancolía tan honda, tan grave, que parecía como si el cielo entero, como un titán entristecido, se hubiese puesto a gemir sobre la arboleda, sobre la distancia cariñosa de la llanura verde.

Y esa misma melancolía se apoderaba de todos los corazones, y prendía en los ojos bondadosos de las gentes la misma bondad de la tarde.

Loma abajo, entre sus agríos colores, el pueblo honesto estaba envuelto en los ríos de oro líquido que el otoño deslizaba por el aire, por los follajes, por los setos donde el chorlo acristalaba, de vez en vez, su canto frío y asustadizo.

Primero una gárrula emigración de golondrinas trazando con sus horquillas en el ancho espacio, en un nervioso revolar, las imágenes de una extraña escritura. Golondrinas, nieve y sombra desprendiéndose del otoño. Golondrinas que parecían en el cielo, arando las esferas del cielo mismo. Después la arboleda maciza; eucaliptus olorosos, pinos taciturnos, álamos angulosos, encinares recios en los que hasta la tierra torturada parecía haberse convertido en nudo para rematar el tronco; y más atrás los almiarese sequizos, apiramidados; detrás el campo con rastrojales descansando de la fatiga labriega del estío; un retazo rubio, un trigal acezante, de extensa amarillez madura bajo aquel aire amarillo; y hacia la izquierda, las cuchillas secas del maizal, mostrando los marlos de dientes duros, rojizos; después un molino que presentaba su dalia altiva, serenamente contra la tarde apacible; luego el rancho, afirmando su adobe chato en la portada que la llanura hace con el arco del cielo; más atrás el establo ácido, donde rumian las vacas un tozudo trabajo de heno crujiente; un pozo artesano de oscuro frescor, abroquelando en su petril de ladrillo un musgo aterciopelado, de murciélagos nocturnos; otro molino; un alambrado celeste, tendido a vértigo, como un suspiro que se endureció cimbreado a campo traviesa; un pastizal verde, y el cielo, el cielo extenso, el cielo bendito, padre de todas las auroras y los estuosos crepúsculos. Y de aquella tarde.

Desde la cimera de la loma yo miraba la tarde. Y hubiera dicho que la tarde tenía un alma sensible de mujer, que comprendiese la emoción de mi mirada, tan serena, tan tibia, como la lejanía y las formas vagas que dibujaban sus celajes.

Por el camino que va desde el pueblo al cementerio, un hombre andaba a paso lento entre la doble hilera de árboles que, hoja a hoja,

iban amarillando el suelo que antes estuviera verde, y dejando pasar el cielo entre sus ramazones zurdos.

Y aquel hombre solitario me parecía un símbolo que representase el destino de todos los hombres, porque el camino, quedando detrás de él, espeso de la comarca, iba tomando, largamente, un aspecto de silencioso reposo, como si aquel hombre dejase a su paso una infinita dulzura melancólica.

De pronto el cementerio. Su puerta toral está enmarcada por dos gruesas columnas apoyadas en pedestales que son dos figuras de piedra monstruosas, fuertes, que parecen padecer una angustia taciturna. El estilo quiere ser griego, clásico, pero los hombrecillos, más lo semejan a esos templos terribles, de misteriosa imponentia, que aún están en ruinas en Quetzacoatl. Y todo el frente, revestido de un estuco grisáceo, cobraba con el sol exhalante de la hora, una presencia de honda, de augusta serenidad. A las márgenes, unas tapias bajas, defendidas sus aristas por trozos de vidrio erizados, clavados allí, en la sillería, inexplicablemente, como para impedir el paso de alguien que absurdamente quisiese profanar la paz de ese mundo de silencios.

Era una tarde de sábado, con un humo amable en los atisbos del otoño. Parecía como si el sábado se recogiese en el paisaje de sauces arrepentidos, como hermanos que regresasen al hogar y hallaran una casa que está de duelo...

Aquella hora era mía. Mía entre muchas otras, extraviadas, delirantes, entre la soledad y el silencio. Por de pronto, el cielo no parecía forastero al alma de mi carne, y se ofrecía, vivo de resplandores, como una juguetería de niños, para que hiciesen con él un cielo bueno de esta áspera corteza de la tierra. Ofertorio de alimento bíblico, de antiguo testamento, que hacen las tardes para la crudeza que se agarra a las manos de los hombres.

Por el potrerillo se iba la tarde como una mujer serena que me hubiese besado en los ojos. Y la fronda no parecía tan feraz, tan despedazada. Y en los espinillos, en los matorrales de espinillos y pastizal, quedaba aún una luz tímida, de convalecencia otoñal.

Una muchacha y un muchacho, iban, tomados de la cintura, entre los árboles torcidos del camino, desde el pueblo a los sillares del cementerio. Y sus almas debían estar hechas de gorriones, porque, tan triste, los oía reír como un agua invisible que anduviese entre las hojas.

Dios mío, pensé, ¿cáscaso vivir esta dulzura es sólo un pensamiento, es este camino de un pueblo de palabras vivas a un pueblo de sueños?

Y desde lo alto del caserío, más lejos que otras veces, las campanas de las cinco me llenaron el corazón de tiernas lágrimas.

Héctor Villanueva



"La espera"

*[Signature]*  
44

"La espera"

Atilio del Soldato

## Soledad

Regreso de cruzar los países del otoño, y las horas han vertido su arena en el corazón de mi noche.

He cansado mi sandalia por todos los caminos, y sólo me ha quedado esta dulce fatiga de todo lo que no seas tú.

Una serenidad armoniosa y divina recoge las luces del poniente en el mustio color de mis jardines, porque me ungiste en la frente con la sangre de tu cruz y en mis manos vacías ha florecido el lirio de mi soledad.

No sé qué polvillo de oro, sutileza de polen o de estrella, desciende sobre mis flores en ocaso. Un presagio de anunciación asoma por mi ventana en la calma vespéral.

Algo me dice que estás muy cerca. No sé si es esa danza de las hojas que giran por la senda, o ese alentar de espectros escondidos que estremece la quietud de las ramas.

He juntado las espigas de tus campos y he encendido mis lámparas. Es ésta la hora de sentarme frente a tus ojos, de cubrirme con el abrigo de las alas de tu alma.

Si no te hubieras ido yo no estaría triste ni sola con mis sueños.

Estás lejos, muy lejos, y mi alma se derrama por todos los caminos donde pasaron tus pasos.

El viento de tu ausencia ha extinguido mis luces y solado mi tierra. Hay en el aire la palpitación de un deseo de muerte, y el alentar de la noche tiene un significado sobrenatural.

¡Ah si ahora me llegase la ternura pensativa de tus palabras! ¡Si regresara tu voz en esa voz que está en los ruidos del silencio!

Un anuncio remoto se estremece fuera del mundo de mis sentidos. Y esencias de tu alma se derraman sobre mí con suavidad de lágrimas lloradas en la sombra.

Manuela Fernández Reyna



## SONETO

**Y**o no debí, ni a tiempo ni a deshora,  
salir de aquel tu corazón lejano;  
cuando el ensueño de tu clara mano  
nos unía en el tiempo de la aurora.

La breve soledad de la ceniza  
me deja la constancia del recuerdo,  
mientras cruzo la tarde donde pierdo  
la lejana ilusión de tu sonrisa...

Ah, tiempo sin destino ni estaciones,  
también tiempo de ella y tiempo mío:  
¿No serás tú la Inevitable ausente

de una tarde sin frutos ni canciones  
que te ha de ver, bajo el recuerdo frío,  
hundir mis ojos y agrandar mi frente?

Joaquín Giannuzzi

## Sobre un libro de Eduardo Mallea

Mallea, novelista contemporáneo, está lejos de Gálvez y Hugo Wast. Los pongo como ejemplo entre nosotros. La novela al estilo de "El Gaucho de los Cerrillos" o "Tierra de Jaguares" no tiene raíz en el autor de *Las Águilas*. El temperamento artístico es otro y la concepción de distinto plano. Hay en la obra una savia americana y un intelectualismo admirativo de Proust, Joyce y Kafka.

De éste ha dicho el mismo Mallea, que levanta todo "con su necesidad y concatenación fatales, desde la tierra". Para él, el de Praga es una oscuridad que anuncia la luz. Para nosotros Mallea es la expresión literaria de un mundo que no puede, humanamente, oscurecer. Por algo Buenos Aires y Praga son dos latitudes. No en vano América es una fatalidad social avanzando y Europa es una vasta civilización en el vértigo.

Así los dos escritores representan lo clásico en la novelesca. Es novelesco el elemento, el tema, el método. La vida seccionada como drama. Lo popular. No participa de esta condición *Las Águilas*, uno de los últimos libros de Mallea, donde hay una busca de densidad espiritual pero vasta y un burilado tenaz en el discurso.

Es de estas águilas (águilas de una soberbia deshumanizada) que vuelan con las plumas de un equivocado poderío fastuoso, donde parece levantarse inesperadamente, por un milagro telúrico, la espiritualidad de Julián Martel, la alquimia de los especuladores de "La Bolsa". Todo a través de Eduardo Mallea. Inesperadamente o, tal vez, fatalmente, por el proceso de la obra.

Por el tono campea en algunas páginas de *Las Águilas* la densidad humana de Cambaceres. El Cambaceres del final de "Sin Rumbo" por ejemplo. Pero Mallea es en *Las Águilas* menos novelador que Martel. Y en cuanto a la densidad de situación y al estilo, supera al segundo. Mallea es mental, técnico. Se propone un camino, conoce primero las etapas, planta los mojones y después avanza, para llegar adonde quiere con una mezcla de pasión y frialdad propias del que está seguro. Destroza todo lo superfluo explicativo dejando en el lector en lugar de la claridad de un recodo, la vastedad de un panorama.

Hay una dimensión social, donde las cosas están dichas sobrepasando a las mismas humanidades del complejo descarnado. Uno siente la impresión de un claroscuro formidable o imposible. Sin embargo es real en este caso. Porque por *Las Águilas* pasan los vientos desorientados de una etapa larga de transición argentina. Chocan dos fuerzas contrarias con tintas marcadas, donde al fin una de las dos ha de perdurar. Quizá por eso Eduardo Mallea es creador de algunas nebulosas en el cielo de la literatura nacional. Obsesionan. Pero nebulosas al fin son perdurables. Incitan al ojo y acucian al corazón. Uno quisiera adentrarse en ellas y

darles más luz, porque el cosmos que encierran abraza las ideas de la imaginación creadora. Tenemos clara conciencia de que hay un presente que cuidar y las bases de un bienestar futuro que forjar. Lo que el autor insinúa debe ser captado por el lector ciudadano. Hombre actual, fundamento del ser futuro. Es preciso, desde todo punto de vista, tener conciencia del destino humano. Para eso es necesario la captación de los mensajes. Aun con medias palabras, cuando no con signos, los cruzados de una causa universal se entienden.

Hay símbolos explícitos. Las Águilas fabulosas de la mansión absurda de los Ricarte imaginarios son símbolos —no lo olvidemos— que pueden ser claros, si queremos que lo sean. Lo mismo en el drama. Veámoslo si no en la muerte del hombre de campo, “ante aquella frente humilde quemada por el sol helada de soledad”. Roberto le dice al padre si llevarían a velar al muerto en la mansión, porque cercanos están los muros como de fábula. Román Ricarte, frente al edificio de la culpa grande contesta: “¿Para qué? Estos son su tierra y su aire”. Antes, frente a la agonía que significó el error de la casa de Las Águilas, sola frente a la tierra sola, había escrito Roberto Ricarte a Román: “He pensado siempre en esta casa, y me ha parecido siempre el símbolo de nuestra peor evolución”. Porque la casa es soberbia. “Con su voluntario y dominante desapego a la realidad que la rodea... Mientras fuimos parecidos a nosotros mismos no conocimos esta evasión vertical hacia la irrealidad insular y petulante... En la metrópoli empezó a levantarse la estatua de esta engolada, seca, fría verticalidad. Y con ella, con sus torres, con sus arrestos, con sus vahos, con sus hiedras levantamos una irrealidad suficiente, que sustituyó la realidad del país. Dejamos de vivir para servirla, para servirla buscamos ejemplos de afuera —los más vistosos— y a ellos adecuamos, más que a nosotros mismos y nuestras necesidades, nuestras maneras, nuestros edificios, nuestra legislación, nuestros usos. Pero en torno a la torre, la realidad del país estaba olvidada y desatendida, la realidad nacional estaba exangüe...”

Es necesario respirar para vivir. Respirar y vivir en este caso, es conocer el significado de algunos acontecimientos nacionales, que se van sumando y sumando. Y no en vano.

En *Las Águilas* está representado el mundo de transición, donde la Nación sufre como Román Ricarte, el transitivo. La Nación es hija de héroes. Román es hijo del creador de la heredad: Don León.

Y Román es el yunque, donde vienen a parar los mazazos de eso formidable, que él mismo ha metido en su heredad: Emilia Islas. Su mujer. Lo vano sin dimensión. Lo bárbaro.

La Nación actual es la creación terrible de una etapa transitiva. Y por esto es densa espiritualmente, y es otra, concentrada en sí misma. Nació de los errores, y es consciente de que los hubo. Sabe por eso adónde debe volver para ir mejor. Es igual que Roberto Ricarte, capaz de auscultarse, abarcándose totalmente en el balance espiritual. Pudiese decir con el hijo del tránsito, que lo anterior “tenía algo de vandálico, por su inhumanidad y por su desprecio a la pobreza adyacente”.

Ese Román destrozado en el espíritu, en su nobleza, casi se asemeja a una oveja mansa para la esquila. En algún momento definitivo quiere dar el último paso. No lo da. Se salva. Se salva en el hijo. Se salva —y él cuánto lo quiere— en la esperanza de su hijo, más hijo de la tierra que de él mismo. Con otra voz. Con una posición difícil de comprender. Lo adivina sereno, igual que la pampa; poderoso igual que el monte; fértil como el río.

Y así la Nación. Sufre la avalancha de la carne y del talego, de lo chocante y fatuo, que está todo en Emilia Islas. Pero cuando parece amenazarla una definitiva disolución, cuando se van derrumbando los pilares de la vida, se levanta constantemente en la voz y sobre los hombros de los nuevos, heraldos de una mejor justicia. Ellos vendrán siempre a decir la palabra de reunión para la gran retreta. La clarinada es así inmensa. Ejército, Nación, sociedad sálvanse en los hijos de los mismos que destruyán.

En *Las Águilas* Roberto Ricarte es igual: sereno y poderoso, claro y conciso. Un camino. Lo habían señalado los destructores. Román Ricarte puede verse así de golpe, vivo eternamente en Roberto.

Y éste reconoce en un momento culminante, profundamente y para sí, a través de lo turbio, la conjunción de tierra y sangre que lo nutre.

Las generaciones del fasto y del despilfarro crearon a los actantes y comprensivos, a los poderosos, a los espirituales invencibles. Son los que en Roberto prolongan la heredad. Los que en los ciudadanos eternizan la patria. Los capaces de decir sin énfasis: hermanos, compatriotas. Son los que harán factible la resolución de los problemas de “carácter humano”. “Nuestro problema”, que afirmaba Roberto a Langelai...

Digamos para no ser detallistas, que en conjunto, los últimos capítulos de *Las Águilas* son precisos y definen un estilo. Están despojados de los barbarismos superfluos, esos que son puestos en boca de los personajes, para retratarlos y nivelarlos mejor en cuerpo y alma.

Así está logrado el propósito evidente de la creación. No sólo relato de hechos extraordinarios —condición para nosotros secundaria— sino el índice proyectado hacia el camino de una meditación argentina. Especie de monólogo eterno como la misma sociedad que la compone, como el individuo.

Vicente C. Trípoli

## El Cazador de Teros

A partir de la tarde en que se remataron las tierras del bajo, yo ya no tuve paz. El paisaje fluía con hermosuras fantásticas de mi cerebro. Durante las horas matinales intenté escapar hasta los terrenos que me bullían en la cabeza, aloándomela. Pero todas las tentativas de fuga me resultaron fallidas. Poníame esto más ganoso aún, me hacía que ardiera y consumiera en deseos de libertad. La mejor oportunidad de huir no estuvo ausente muchas horas; cayó sola y fué cuando en la siesta, Morfeo se hizo cargo de mis mayores. Salí leve, como un suspiro; mezuinando talón al piso. Así en puntas de pie, pasé por todas las habitaciones, hasta franquear la puerta de calle. Como respiré a pecho henchido al saberme libre. Mas la conciencia en delito hízome escuchar mi nombre. ¡Qué claro me lo entregó el aire! No cabía ninguna duda: llamábame mi madre. Detuve el correr veloz y eché la vista con desaliento y enojo hacia la puerta de la casa. Arrojé una blasfemia contra mi suerte. ¿Qué había sido esto? Regresé pesoso, muy a contra voluntad. Abri la puerta y observé que estaba todo cabalmente como lo dejara. Disparé de nuevo y con más vigor hasta tomar el tranvía.

Este viaje de incógnito, nuevos placeres me deparaba. Ahora, yendo solo, podía cargarme de piedras y arrojárselas a las torcazas gemidoras que correteaban por entre los cardos y abrojos del camino. Las verdes lagartijas caían bajo el cascote certero. Y yo gustaba de ver cómo se les cortaba el rabo con el golpe y cómo se les quedaba en el polvo, con vida, moviéndose. Patrón de aquella libertad, que no vinieran con lo tuyo y lo mío. Al acercarme a unas altas macluras, por sombra, o tal vez buscando las cuevas de los cuiises perseguidos, olfateé un montesito de duraznos. Pensé, posiblemente, en que esos árboles eran bienes mostrencos y entré a cosechar. Abrí un portillo en el cerco y me gané al monte. Cuando en los bolsillos no cabía más fruta, hice un atado con el pañuelo y me lancé camino abajo por la calle, a paso ligero. Ardía el piso terroso y el sol echaba fuego sobre mi espalda y mi cabeza. Desde la loma, por donde cruzaba el tren pequeño al río Matanza, empecé a ver el añorado paisaje. Sentía placer contemplando tanto verde en el campo y tanto azul en el cielo luminoso. Pacían las ovejas cerca de la laguna y del otro lado, hundidos en el pastizal, pastoreaban los vacunos.

Me topé con el ovejero. La majada por el calor no comía, estaba echada de panza en el verde yerbooso, con fatiga. Resoplaban como fuelles las ovejas y el vientre se les hinchaba y deshinchaba ligeramente. El calor era un suplicio para la majada sin trasquilar aún. Le pedí permiso al ovejero porque quería jugar con un par de corderitos de días, que eran de lo más graciosos y triscadores. El ovejero quiso una per-

muta y me ofreció: "Bien, muchacho, vos te quedás cuidando la majada, en tanto voy yo hasta el río a ver unos campos pa'tomar en arriendo".

Hecho el trato castigó al caballo y galopó hasta subir la loma y perderse. A su paso por junto a la laguna levantó una bandada de cuervos de bañado que ennegreció el cielo y llenó de sombras el campo.

Con la ida del ovejero, llegó un hombre de aspecto atrabiliario. Traía una bolsa a la espalda y una canasta en la mano. Todo bajó al suelo. Compuso el físico, irguiéndose, y con el saludo cortés, me pidió permiso para cazar. ¡Cómo no dárselo si yo iba detrás de esos espec-táculos, y en esos instantes era dueño del campo! Se lo di. "Para cazar", me dije, "y ¿qué cazará este hombre?".

Entre corriendo y caminando, salió a recoger de entre la resaca de la inundación última, troncos y ramillas; preparó un fuego abundante. Sacó de la bolsa los utensilios del mate y con la pava fué a buscar agua de la zanja de la calle. Mientras el agua iba calentándose, extrajo de la canasta un manajo de hilo carreta que desenredaba y tendía sobre el terreno. El hilo carreta estaba lleno de lacitos de cerda. Sembró un cuadrado de lazos. Sujetaba los gruesos hilos con estacas de madera que clavaba en la tierra. Empezó la engorrosa tarea de abrirlos y pararlos; los recostaba contra los pastos. Deseoso de aprender algo nuevo me comedí y ayudé, y entre los dos terminamos la tarea al tiempo que la pava sonaba llamando al matero. Sorbiendo el mate agarró el señuelo y lo colocó cerca de los lazos. El guía era de lo más barullero y alborotador. Yo estaba con un cazador de teros.

No olvido que el hombre extraño no había tomado un par de mates, cuando fué entrando en tristeza. Abstraído tan adentro en lo suyo ni caso hacía de mí, que absorto estaba a su lado aguardando referencias de la próxima cacería. Comenzó a echar lágrimas que corrían hacia el mate y la mano rugosa y sucia. Al desahogarse, tornóse comunicativo, diciendo que dejó su casa para llorar fuera de ella. Que el salir a cazar no era sino un pretexto para huir de una tragedia que llenaba su casa. Quedó luego abismado en el paisaje; tenía sus ojos ya sin lágrimas, metidos en el verde del campo y en el blanco acerado de la laguna; pero su cerebro urdía cosas ajenas al paisaje. Tuvo un delirio y un gemecer extraño. Parecía un diálogo entre el cuerpo y el alma. Yo sólo alcanzaba palabras inconcretas, aisladas, sin razonamiento. Tan irreales como podía emitirlos un sonámbulo. No alcancé a extraer de sus palabras quién era el niño que se llevaron al Lazareto. Tampoco supe a quién se comía la fiebre tífus. Dijo el extraño, que llegó en el corazón del agua y que era un animal, aunque invisible, de cuerpo abrasador. Que traía llenas de fuego las garras y los dientes; y que la lengua era una llamarada. Dijo que como entrara en un cuerpo al instante hacía que hirviera la sangre. Que la sangre de su hijo comenzó a hervir. Después habló del Lazareto y del coche que se lo llevó.

Me creí junto a un loco e íbame alzando del suelo para disparar, cuando se abrieron por el espacio los agudos gritos de los teros. En seguida de oírlos se descubrió la bandada por el lado del río. El señuelo

se puso sonoro. El aire se llenaba de su voz. Era un llamado, una invitación a que descendiera. Me pidió el cazador, que ya se espabilaba, que me echara sobre el pasto, que se acercaba la bandada. Llegaron los teros y con grandes revuelos y planeos pasaron varias veces por encima del cazador y después se echaron no distante del guía. Tanto y tanto los llamó éste, que uno de los teros, arriesgándose, se acercó al trocete, abriendo las alas y dando unos grititos enconados. Cuando estuvo frente al señuelo, desnudó los corales; eran dos espolones agudísimos. Entonces emprendió vuelo en su defensa toda la bandada. Empezaron a correr entre los lazos y a quedar presos. Hubo un revuelo de alas y un ensordecedor griterío. Corrían los teros libres a defender a los compañeros apresados y también ellos se enlazaban.

El cazador, en un santiamén, tuvo en los lazos a toda la bandada.

ELÍAS CARPENA

## MEMORIA

### EDUARDO JORGE BOSCO

Tenemos en nuestro recuerdo a Eduardo Jorge Bosco, joven poeta; su muerte. No queremos aducir una amistad por quien conocíamos a través de un encuentro fugaz en el café turbulento o en la casa de un amigo común. Entendemos aquella como una cosa ardua e intransferible y no la queremos ultrajada por la improvisación (y de la mano del éxito o del interés) como solemos verla.

Dejemos, pues, a quienes fueron sus amigos de veras, invadir su permanencia entre nosotros y que nos digan quién era y cómo era.

Pasa, sin embargo, con algunos seres que sólo con un gesto o con una palabra saben revelárenos íntimos y sin doblez. Así pasaba con este poeta muerto, poeta entero, hombre silencioso y cordial. (Y podríamos radicar ya en esto una loable amistad.)

Hablemos del escritor, ahora. Bajo este aspecto, Eduardo Jorge Bosco era auténtico, riguroso, seguro, pero nunca pródigo. Asignaba así, tácitamente, la mayor responsabilidad, la más escrupulosa dignidad a su destino de crear. Indiferente a lo exterior, al pasajero brillo, podía, felizmente, ser así. Sus publicaciones —dos poemas en "La Nación" que lo mostraron alto poeta— eran menos que sus proyectos y sus planes. Sabemos por Miguel Ángel Gómez, uno de sus amigos dilectos, que venía trabajando con pasión y con paciencia en una biografía de Ascasubi y en una novela: "El nostálgico"; sabemos también por él que "le apasionaban las cosas populares, el tango, las milongas, las historias y leyendas del Buenos Aires de Rosas, los candombes y todo aquello que dijera del campo"; que adoraba el gallego. Había compuesto poemas en este idioma y le gustaba (lo escuchamos alguna vez) recitarlos en las tabernas untuosas, de madrugada, alternándolos con los de Rosalía o con alguno de los "Seis poemas gallegos" de García Lorca.

Ahora no podrán repetirse esas noches con su presencia, llenas de su voz acongojada; este poeta auténtico, este escritor verdadero, nos ha dado, de repente, esa desdicha de la poesía, su partida. Una partida voluntaria, por el lado del río, cuando finalizaba Diciembre. Y acatamos su sueño.

### MIGUEL A. CAMINO

Ha muerto este abril en Buenos Aires el poeta de "Chacayaleras". Cantor de la Patria, de una simple y auténtica realidad argentina, escribió poesía vernácula construida sobre la base de elementos puros y sinceros, poesía honda y cordial por la cual una raza desaparecida se incorpora con su voz, con su emoción verdadera. Su obra le sobrevive y le asegura —galardón difícil— dilatada existencia en el tiempo.

Horacio GARCIA PAZ

## BIBLIOGRAFIA

entreabierto pórtico escuchamos su voz:

*Quiero ser como soy: sin otro anhelo que el de ser un silencio iluminado para entregar en sueño realizado mi vocación de cántico y de vuelo.*

Doloroso deseo éste, que da la pauta de su entereza viril en la búsqueda de la paz absoluta. Notemos, de paso, que Lavié no renuncia a la vida. La acepta tal cual es: "quiero ser como soy...", porque es tan sólo un medio para entregarla luego" en sueño realizado".

La lectura de un poeta no invita a estudiar su poesía con ánimo malévolo, para decir si es o no original. Induce más bien a penetrar en el santuario de universal dolor de un alma que se presenta enteramente desnuda, de un alma en vivo que lleva cilicio. Así podremos decir lo que Pascal dijo de Montaigne: "no es en él, es en mi mismo donde encuentro todo lo que allí veo". Pues en esto reside el valor de un poeta: en su facilidad de comulgar en forma absoluta con su lector por medio de un tema de universal interés.

Martín Alberto BONEO

### ENFOQUES INTELECTUALES

por Juan Pablo ECHAGÜE

"Vivere non necesse, legere necesse", podríamos decir —parodiando la divisa de la Liga Hanseática— los que nos oxigenamos el espíritu con papel impreso y nos deleitamos la vista con una página de bella tipografía, con un grabado de mérito o con un lomo de marroquí artísticamente decorado. Los que no podemos realizar sino una mínima parte de nuestros sueños y nos intoxicamos con lo que el bienamado France llamara "el opio de Occidente".

Pasar de un libro a otro, de un autor a otro, es grato ejercicio que no termináramos nunca. La bibliografía es un bosque encantado, de una riqueza que por momentos nos parece infinita, y que en realidad lo es para nuestra mísera medida humana, pues la capacidad de lectura de una vida es angustiosamente pequeña y lo que se ha impreso en el mundo puede compararse con nuestra cordilera. Nos abruma con su mole ciclópea, nos deslumbra con sus cimas, nos atrae, terrible e irresistiblemente, con sus abismos profundos. Leemos con agritudine deleite, sabiendo que siempre será muy poco y que con mucha más razón que Menéndez y Felayo, pensaremos ante la proximidad de la muerte: "¡Cuánto me quedaba por leer!"

### DIORAMA

Ed. Perlado

Por Enrique LAVIÉ.

Diríamos parafraseando a Paul Verlaine, que Enrique Lavié tiene un alma "enorme y delicada". Su libro "Diorama" es una buena prueba de ello. Entre sus páginas alienta, incorporea unas veces, intangible otras, casi celeste, pero siempre única en su prístina claridad espiritual. Por ello aplaudimos el acierto que significa la elección de un título tan sugestivo. Diorama es un panorama de lienzos transparentes y pintados por las dos caras en el cual se ven cosas distintas, según que la luz ilumine por delante o por detrás. Así este libro: de un lado la desesperanza del amor insaciado, del otro el infinito anhelo de un futuro reencuentro en el más allá, que el poeta intuye:

*para luego al morir de la jornada en amorosa soledad quererte...*

Decía la voz arrebatada de Alfred de Vigny en su "Casa del Pastor": "...le pur enthousiasme est craint des faibles âmes que ne sauraient porter son ardeur et son poids". De Vigny tomaba la palabra "entusiasmo" en su acepción griega; endiosamiento, y hacía del endiosado un ser que se hace Dios, lleno de Dios mismo. Lo cual puede ocurrirle a un poeta, a un creador, pero nunca a un hombre de tipo común, al hombre-masa de Ortega. Este entusiasmo, o endiosamiento, se da en Lavié en forma absoluta y comunica al lector una emoción, una inquietud anímica extraña, mezcla de rebelión ante lo contingente y de religiosa fe ante el poeta que se pregunta y se contesta patéticamente:

*¿Cómo será la hora innominada, sin litoral de luz, sin nada escrito?*

*Solamente mi búsqueda y mi grito*

*o una mano en la sombra, inalcanzada.*

Cuenta Hesíodo en "Los trabajos y los días" que los primeros hombres de la edad de oro morían como domados por el sueño y así pasaban a la otra vida —la verdadera— sin darse cuenta casi. Se nos ocurre esta cita luego de leer estos versos de Lavié:

*Irme del mundo así, como soñando, como quien no se va. Irme de modo que nadie sepa que me fui del todo ya que algún día volveré cantando.*

¡Qué lejos en el tiempo entronca esta poesía y su dogma religioso de la inmortalidad del alma! ¿Acaso el piadoso poeta de "Música para el Alba" sueña también una muerte sin sueños dormido para siempre en el Señor, como los antiguos soñaban una muerte sin sueños en el seno de Demeter, la Virgen Madre? Por el

Y si la gran cantidad de libros que nos interesan constituye ya una infranqueable barrera para nuestro deseo, aun encontramos otro obstáculo en la lucha por la vida, que en un mundo pésimamente organizado, insinúa una parte enorme de nuestro tiempo. Entonces, para no perder también con obras o autores que no podrían gustarnos, debemos recurrir, como guías de lectura, a las opiniones de otros lectores. Por eso sentimos tanta atracción por los libros de ensayos críticos, de retratos, de semblanzas, de artículos sobre autores u obras. Ni siquiera importa que quien escribió el libro opine en forma opuesta a la nuestra: si acaso vemos que lo que para él son virtudes, para nosotros constituyen defectos, basta con desdefiar lo que se elogia y apreciar lo que se desdefía. "Se burla de cosas respetables", dirá el crítico en tono solemne, y el lector aficionado a la ironía correrá a leer el libro de que se trata. "Su fecundidad y su riqueza verbal son extraordinarias", dirá de otro en tono encomiástico, y el lector que guste de lo depurado y sencillo se guardará muy bien de hincar el diente.

A través del amor o de la animadversión del crítico o el comentarista, nos formamos una idea, del autor o del libro tratados, suficiente para saber si podrá gustarnos o no. Otras veces, se juzga o comenta a escritores u obras que conocemos bien y que admiramos, o que, por el contrario, nos disgustan. Si el crítico o comentarista opina como nosotros, nos será muy grato enterarnos de ello y reforzaremos nuestros argumentos con los suyos, y si en cambio piensa en forma diametralmente opuesta a la nuestra, nos entretendremos en buscar los puntos débiles en sus elogios o censuras.

Uno de estos siempre bienvenidos libros de ensayos literarios es "Enfoques intelectuales", que Juan Pablo Echagüe acaba de agregar a su ya rica bibliografía. Unas pocas páginas le bastan para darnos una elocuente semblanza del autor estudiado y así nos muestra a Paul Groussac, crítico severo y austero polígrafo —especialidades ambas poco frecuentes en nuestra literatura— a quien sólo faltó, según propia confesión, el don de la sonrisa. "Maeterlink y la poesía del misterio" es uno de los más hermosos capítulos del libro, e incita por cierto, a la lectura o relectura del famoso escritor belga. Sin duda esa incitación ha sido propósito de Echagüe, ya que cuando un autor o un libro despierta nuestra admiración, sentimos deseos de ganarle otros adeptos. Lo mismo podría decirse de "Un mitólogo poeta", en que nos habla de Lord Dunsany, escritor irlandés poco difundido por uno de tantos caprichos de la fama literaria. En cambio, "D'Annunzio en París" nos confirma en nuestra vieja opinión: una obra en gran parte admirable realizada por un hombre escasamente simpático, por su monstruosa egolatría, su teatralidad, su carencia del sentido de lo ridículo. Le encontramos un antipoda no menos glorioso en "La emoción y el sentimiento en

la obra de Anatole France", cordial apología del querido maestro, a quien sólo una ceguera de topo o un espíritu torpemente calumniador puede negar la emoción y la ternura, que junto con la más depurada ironía, trascienden de sus páginas deliciosas. La mujer, tema eterno e inagotable como el amor, merece a Echagüe tres amenos capítulos: "¿Don Juan plagiarlo?", "¿Diálogos paradójales" y "La mujer frente al varón en la literatura y en la vida". A Francia la bien amada dedica también tres artículos: "Fontainebleau", "Las voces de París" y "Grandeza y decadencia de Montmartre", este último particularmente interesante. Y en un salto a través del tiempo y del espacio, pasa el autor a un ambiente muy diverso y en "Los caballeros del Greco" diseña clara y certeramente lo más noble del alma española. En fin, "Los utopistas de la felicidad" y "Riqueza y cultura" completan el libro, demostrando la variedad y amplitud de la curiosidad intelectual del autor. En el citado en último término, Echagüe expresa su fe en la colaboración de la mujer para la obra de cultura que nuestro país necesita. Compartimos ampliamente esa opinión, porque creemos que no hay hombre de talento que no deba lo mejor de su espíritu a una o a varias mujeres.

Tal el contenido de este grato volumen —editado por Losada en su colección "Cristal del tiempo"— que leerá con placer todo amante de las letras.

P. C. ETCHART

## NOCTURNO

Editorial Losada  
de Fermín ESTRELLA GUTIÉRREZ

Habría que descender muy hondo en la sensibilidad creadora de Estrella Gutiérrez y entonces se comprendería con más intensidad su obra. Siempre fue una poesía de rasgos tenues, es decir de intensidad sin mucho brillo pero firme. Ahora en "Nocturno" nos inclinamos a un inusitado mundo poético de Fermín Estrella Gutiérrez. Es algo que él nos descubre asombrándonos, ya que pues sin pensarlo nos vemos frente en una poesía, densa, pujante. Desde el principio del libro la estabilidad de un sentimiento de vida se manifiesta en hondura de conceptos, en expresiones que entregan a poeta maduro, responsable, en quien el tiempo y las cosas que la vida ha dejado en sus manos se manifiestan con la certidumbre del mensaje.

"Nocturno" es la vida del hombre en su misión fraterna y es también la ciudad donde se establece su pasión, es esa continuidad de rostros y paisajes que hemos visto un día y están ahí para re-

clamar su recuerdo. Sus poemas contruidos en forma de versículos, le dan un tono de letanía maravillosa, ascendente, alitva, y siempre rodeada de una tristeza apacible en que la voz de Estrella Gutiérrez sugiere delicados instantes, sonoridades que hacen de los poemas de "Nocturno" una amalgama de pasión, tibieza, y serenidad, por donde apenas el alma puede detenerse porque siempre es nueva la emoción que entregan.

Santos HERNANDO



## EL MINERAL, EL ARBOL, EL CABALLO

de Juan G. FERREYRA BASSO

El color en la poesía contribuye a darle a ésta el perfecto equilibrio entre la expresión y la imagen. Ferreyra Basso en "El Mineral, el Arbol, el Caballo" produce el color y manifiesta la imagen amparada en esa luminosidad. Es decir que su libro alcanza todos los tonos de cada uno de los colores fundamentales. La jerarquía del poema se dice desde las primeras estrofas a las últimas en formal conjunto.

Ferreyra Basso ha ido haciendo su poesía determinándola entre el verde inicial del campo argentino. Conoce el secreto de su silencio y de sus luces, y tal vez por eso encontremos en sus poemas esa intensidad como de tierra.

"El Mineral, el Arbol, el Caballo", es un libro que en forma definitiva nos da al poeta vigorosamente guamecido, típicamente constituido para seguir su ritmo y hacer de su palabra, que, ganando en profundidad lo hace también en fuerza humana, un medio hermoso para comunicarnos sus pasiones.

Y estoy yo, y la torcaz, y algunos sauces y esa luz en sus ojos que no entiende.

En estos versos se escucha su voz de poeta, para saberla verídica, sin esfuerzos. Ferreyra Basso no se detiene.

Santos HERNANDO



## EL MUERTO PROFESIONAL

por CHAMICO

Colección Pandora. Editorial Poseidón

En la obra que nos ocupa, colección de treinta relatos humorísticos, no cabe identificar a su autor Chamico con la personalidad de Conrado Nalé Roxlo que se oculta bajo ese pseudónimo. Porque la obra de éste se desenvuelve siempre dentro de límites de jerarquía literaria, cosa que no llega a alcanzar sino en contadas narraciones este libro.

Si "El muerto profesional" nos sugiere un juicio tan claro y contundente a pesar de sus pocas pretensiones, ello se debe,

en primer término, al alto concepto que nos merece el humorismo finamente practicado, y en segundo lugar, a la capacidad que revela su autor en muchos pasajes, hasta en los más trillados, de estos jocosos episodios.

El humorismo constituye una verdadera estética, y en sus relaciones cronológicas con otras ramas de la literatura, es de lo más representativo en la moderna sensibilidad. Surge del más vivo contraste y de la más fina observación. Como contraste entre lo que se es, lo que se muestra ser, entre lo que se desea y lo que se logra, se enfrenta continuamente con la realidad y de este choque surge luminosamente lo ridículo, ese humorismo de jerarquía más logrado y más propio para el espíritu que lo risible, en general tan efímero como la contracción de los músculos que lo acompaña.

Es pues humorismo logrado, aquél que abarca esa observación y mirada introspectiva del hombre cuando se halla frente a lo excéntrico. A lo excéntrico como extravagante. Como aquello salido de la órbita de su personalidad. De aquello, en fin, que según se hiciera notar en un artículo recientemente publicado sobre Chejov, tiende a romper la armonía y equilibrio que mantiene al hombre dentro de lo formal y no de lo falso, amanerado y absurdo.

No estamos de acuerdo, por otra parte, con la actitud de algunos humoristas que presentan sus obras al público con pocas pretensiones. El humorismo es verdadera literatura. Y de lo más didáctica. Las nuevas generaciones estamos hartas de las eternas fórmulas de la moral y encuadradas dentro de la mutua conveniencia. Y más de moralizadores plañideros y proféticos. Ya en el siglo pasado, Montalvo hablaba de la poca utilidad que han reportado a la sociedad los mismos, cuando afirmaba que "Plauto, Cervantes y Molière habían hecho más contra las malas costumbres que todos los campeones cuya espada han sido la cólera o las lágrimas".

Ahora bien. Esas objeciones esbozadas al inicio de nuestro comentario van dirigidas más a Conrado Nalé Roxlo, delicado poeta de "Claro Desvelo", que a Chamico. Pero algunos relatos bien logrados hacen oportunas estas reflexiones para el mismo Chamico, porque si en conjunto, la obra responde a las pretensiones de aquella señora que, como nos dice un epígrafe a modo de introducción, después de comprar varios monumentos literarios terminó por decir al comerciante: "Ahora quisiera algo como para leer", sentimos mucho que con menos apresuramiento y más respeto a ciertas normas estéticas, "El muerto profesional" no alcanzara la jerarquía literaria capaz de disipar esas muecas escépticas con que generalmente se recibe una obra de este carácter.

Pedro CAVASSO

## TRASIEGO

Por SALVADOR MERLINO

"Pienso que sólo el sueño es verdadero", afirma Salvador Merlino en su libro de poemas "Trasiego". Y así construye la obra poética con fe, progresivamente, semejante al gusano de seda. El sueño no es así escéptico, con significar abandono de la vida, un vivir no viviendo; no es burlón, porque la burla, y lo afirma Kierkegaard, de predicamento entre nosotros, es la negación de la fe, de la capacidad de crear o poco menos.

Sin tono escéptico, sin ocultar desconocimiento o fracaso por medio de la sátira impropiciada, el autor de "Trasiego" va escribiendo su palabra. Es serena, antes fué lírica. Es eglógica, de praderías; antes fué ligera, juvenil. Siempre sincera, amorosa. Esto es fácil de conocer, y es lo que hay que comprender como quería Anatole France.

Penetrando nosotros en lo consciente del poeta, veremos y captaremos la verdad, real para todo constructor, aunque sea un imaginativo. Y la verdad surge de un recuerdo de todo lo anterior, semi-palpable por la distancia, pero cierto, aspirado una vez, muchas. Alcanzado el equilibrio, la voz puede decir:

*Nunca, en verdad, mi vida paladeó tantos  
[bienes  
y nunca anduvo el sueño por verdades tan  
[dulces.*

Claro que es extenso el sendero espiritual del canto. La voz del poeta ha dicho mucho y tanto, que en la comisura de los labios marca una tristeza rememorativa y álgida.

*En la distancia el sonreír se pierde  
y declina a la par su lozanía,  
pues hoy no tiene como ayer tenía,  
camino largo ni paloma verde.*

Este es el sendero musical de "Trasiego". Se mantiene la tónica sobre algún soneto con otros bellos como "El sueño", "Paga", "Contando tres".

TRIPOLI



### "SONETOS DEL ETERNO AMOR"

Por MARTIN ALBERTO BONEO

Edit. F. y M. Mercatàli.

Después de leer este libro nos acordamos de Lope, de aquella verdad suya: "Amar y hacer versos, todo es uno; que los mejores poetas que ha tenido el mundo al amor se los debe".

En el amor enraíza también el autor de estos sonetos su inspiración, el legítimo vuelo de su lirismo. Ha abrevado en aquél para darnos sus versos bellos y dolorosos.

Así se comprueba que no es necesario acumular la experiencia de una vida para dar un libro digno. Baste con que el gran maestro a que alude Boneo en sus sone-

tos ("Otórgueme el dolor sabiduría"), nos despierte a la realidad de nuestro mundo íntimo, ese maravilloso paisaje de sendas insospechadas. Y constituye el mejor testimonio de que así ha sido la circunstancia de que el poeta, todavía joven, nos ofrece, sin estéril apresuramiento, no un libro definitivo, pero sí perdurable.

Para darnos su canto invoca también Martín A. Boneo otra alta fuerza. "Concédame el amor su claro acento", nos dice. Y así, no es difícil explicar esa sugestión de vida verdadera que guardan sus estrofas, dimanando, trascendiendo de la matemática red del soneto, eterno como el sentimiento trasvasado de su alma. Modela además con destreza ese vaso de su inspiración y sabe equilibrar lo clásico con lo moderno, según lo vemos en el delicado soneto inicial, melancólico y fino, irisado como una lágrima herida por la luz. Advertimos en otros sus saludables admiraciones, sin menoscabo del tono personal.

En los de entonación mística, por ejemplo, a través de algunas insistencias, pasa el modelo excelso, la Doctora inmortal.

La inspiración, en fin, baja a iluminar a este poeta que nos descubre su soledad y su dolor de amor, esa desgarradura que ahonda nuestro pensar, afina nuestra sensibilidad y perfuma nuestra palabra, transformada, a través de los "Sonetos" en imágenes bellas, renovándose o repitiéndose sin monotonía, incidiendo en el tema obsesivo.

Si buscáramos explicar la razón de las bondades de este libro deberíamos recurrir a la sinceridad con que ha sido escrito. Alanceado el poeta por la vida misma, esta obra es su fruto y no podemos decir en modo verdadero que su dolorosa experiencia haya sido infecunda.

Horacio GARCIA PAZ



### SONETOS DEL CAMPO Y DEL AMOR

Por JORGE MELAZZA MUTTONI

Edición "Fontefrida".

Hondos, pero sin cuidado de serlo, son estos sonetos ágiles también, y frescos, que van de lo material, pictórico, a lo finamente espiritual. Tiene sobre todo su autor ese raro sentido, ese don del matiz, de modo que, a veces, radica en una palabra final el vuelo de su verso, iniciado en lo visual, cotidiano. Vincula su espíritu a la naturaleza en un inesperado paralelo y sabe equilibrar la emoción y el paisaje dejándolo a éste vivo en su relieve. La juventud y la sensibilidad de este poeta nos otorgan sobre él la mayor esperanza.

Horacio GARCIA PAZ

Colaboran en este número:

J. R. Wilcock  
Angel Mazzei  
Abelardo Arias  
Ernesto C Polito  
Héctor Villanueva  
M. Fernández Reina  
Joaquín Giannuzzi  
Vicente C. Tripoli  
Elías Carpena

CeDInCI

Notas bibliográficas de:

Martin Alberto Boneo,  
P. C. Etchart,  
Santos Hernando,  
Pedro Cavasso,  
V. C. Tripoli,  
Horacio García Paz.

Grabado de:  
Atilio del Soldato

CeDInCl